

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 172

LUCIANO
OBRAS
IV

TRADUCCIÓN Y NOTAS POR
JOSÉ LUIS NAVARRO GONZÁLEZ

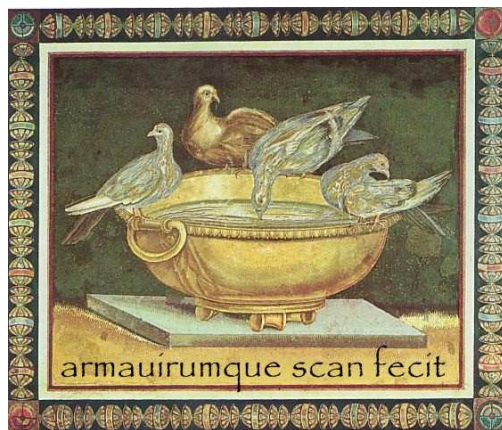
DIÁLOGOS
DE LOS DIOSES

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.
Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por
JESÚS UREÑA BRACERO.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.
Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992.

Depósito Legal: M. 35295-1992.
ISBN 84-249-1602-6. Obra completa.
ISBN 84-249-1603-4. Tomo IV.
Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.,
Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6523.



EDITORIAL GREDOS

ÍNDICE GENERAL*

	<i>Págs.</i>
69 <i>Podagra</i>	7
70 <i>Hermótimo o Sobre las sectas</i>	24
71 <i>Al que dijo: «Eres un Prometeo en tus discursos»</i>	90
72 <i>El Alción o Sobre las metamorfosis</i>	97
73 <i>El barco o Los deseos</i>	103
74 <i>Ocipo</i>	129
75 <i>El cínico</i>	137
<i>Diálogos</i>	149
76 <i>Diálogos de los muertos</i>	153
77 <i>Diálogos marinos</i>	226
78 <i>Diálogos de los dioses</i>	251
79 <i>Diálogos de las heteras</i>	297
80 <i>El patriota o El adoctrinado</i>	344
81 <i>Caridemo o sobre la belleza</i>	367
82 <i>Nerón</i>	384
83 <i>Epigramas</i>	391
84 <i>Timarión o Sobre los propios sentimientos</i>	418
ÍNDICE DE NOMBRES	469

Textos griegos de Luciano: <http://sites.google.com/site/ancienttexts/gk-l2>

Obras de Luciano en inglés: <http://www.sacred-texts.com/cla/luc/fowl/index.htm>

* La numeración corresponde al libro original [Nota del escaneador]

DIÁLOGOS DE LOS DIOSES

Los *Diálogos de los dioses* no son precisamente una colección de estampas o cuadros más o menos idílicos y remansados al modo de los *Marinos* que acabamos de leer.

Disfrazados a veces bajo esa capa de suavidad e incluso en algún caso de cierta ternura, ocultan una invectiva constante a lo más sagrado del alma griega: sus raíces mitológicas. En el centro de las críticas, Zeus en su punto débil: su capacidad para seducir a cualquier precio, de cualquier forma, en cualquier momento y a cualquier persona —hombre o mujer—. A un rey de dioses no parece cuadrarle esta fiebre amorosa. Con machacona insistencia insiste Luciano en ese punto, bien desde la óptica de alguna de esas personas mortales seducidas —como el propio Ganimedes o desde la suya propia o desde terceras personas, generalmente de su entorno próximo, como la propia y sufrida Hera o el incombustible aunque quejoso Hermes. Son, pues, las estampas más chocantes y grotescas del mito las que se traen a colación sin ningún disimulo. Pensemos en el increíble nacimiento de Atenea de la cabeza de Zeus con Hefesto de improvisada comadrona. Así, los aspectos que el mito presenta como más imaginarios y más inverosímiles —las metamorfosis de Zeus son el mejor ejemplo— se ven desde una óptica racionalista en grado sumo. Surge entonces el disparate al que aludíamos en la «Introducción general». El título parece bastante acertado, por cuanto que a lo largo de los veinticinco diálogos toman la palabra todos los componentes del panteón olímpico por antonomasia, con dos excepciones que no se han destacado y que me parecen significativas: Atenea y Ártemis. Zeus, Hera, Afrodita en repetidas ocasiones, Apolo, Dioniso, Hermes, Ares, Hefesto van desfilando sucesivamente y dan rienda suelta a sus comentarios más o menos impertinentes. Atenea y Ártemis, en cambio, permanecen mudas en el pozo del olvido, con la excepción ya citada de la alusión al episodio del nacimiento de la primera. ¿Es que Luciano no tiene más remedio que ser cauto con la diosa ateniense por antonomasia? ¿Es que no se le puede sacar punta por ningún lado a la saga de Atenea, como no sea la de su pintoresca procedencia? ¿Y Ártemis? ¿No le interesa a Luciano la saga de esta diosa cargada de momentos tensos que podían haberse traído a colación muy oportunamente? Posiblemente el hecho de tratarse de dos vírgenes deje a Luciano desarmado a la hora de disparar sus flechas. No obstante, el carácter marcadamente irascible y vengativo de Ártemis podría haberse explotado tal vez desde el punto de vista literario. En cualquier caso, aquí está la flor y nata del Olimpo expuesta a los dardos ingeniosos de Luciano que se disparan en esta ocasión con singular acierto.

1 (21)

ARES Y HERMES

1 ARES. — ¿Oíste, Hermes, qué tipo de amenazas tan desafiantes y tan inconcebibles nos lanzó Zeus?... «Si yo quisiera, afirma, echaría una cuerda desde el cielo, y aunque vosotros colgándoos de ella hicierais fuerza para tirar de mí, vuestro esfuerzo sería vano, pues no lograríais arrastrarme. Yo en cambio si quisiera tirar hacia arriba levantaría en volandas no sólo a vosotros sino incluso la tierra y la mar todos de un golpe¹. Y toda una serie de amenazas que has oído. Yo desde luego no negaría que él es superior y más fuerte que nosotros por separado; sin embargo me costaría trabajo creer que pudiera rebasarnos siendo tantos como para no poder apechugar con él, máxime añadiendo la tierra y el mar.

2 HERMES. — Guarda silencio, Ares, que no es seguro pronunciar tales palabras, no vaya a ser que nuestras fruslerías vayan a acarrearos alguna desgracia.

ARES. — ¿Crees, pues, que iba yo a andar contando estas cosas a todo el mundo y no a ti solo que, bien lo sé, ibas a quedarte mudo como una piedra? Al menos lo que me resultó más ridículo en medio de esa sarta de amenazas no me lo podría callar ante ti. Pues me ha venido a la cabeza que no

¹ Cf. HOMERO, *Iliada* VIII 19 y sigs., el propio LUCIANO, *Zeus confundido* 4, y *Zeus Trágico* 45.

hace mucho tiempo, cuando Poseidón, Hera y Atenea sublevándose contra él tramaron el modo de encadenarlo luego de prenderlo, sentía él toda clase de temores². Y eso que no eran nada más que tres; y si Tetis, compadeciéndose de él no hubiera llamado en su ayuda a Briareo³, el de las cien manos, le habrían encadenado con rayo y trueno incluido; al hacer cuenta de esos sucesos me entró la risa por su grandilocuencia altanera.

HERMES. — Calla, te digo, que no es seguro ni para ti el contar semejantes cosas ni para mí el oírlas.

2 (22)

PAN Y HERMES

PAN. — ¡Salud, padre Hermes!

HERMES. — Salud a ti también. Pero ¿cómo es que soy yo tu padre?

PAN. — ¿Es que no eres tú Hermes Cilenio⁴?

HERMES. — Por supuesto que sí. Mas ¿cómo eres tú hijo mío?

PAN. — Soy hijo espurio, bastardo, fruto de tu ímpetu amoroso.

HERMES. Sí, por Zeus; tal vez de un cabrón que cometió adulterio con una cabra; porque ¿cómo hijo mío, con semejantes Cuernos, semejante nariz, semejante barba poblada, patas bisulcas de macho cabrío y con rabo asomando por el culo?

PAN. — En la medida en que te burlas de mí, tu hijo, estás colmándote de insultos a ti mismo, padre, que engendraste y fabricaste semejantes hijos; yo no soy en absoluto culpable.

HERMES. — ¿Y quién dices que es tu madre? ¿Será que sin darme cuenta seduje a alguna cabra?

PAN. — No sedujiste a ninguna cabra, pero refresca tu memoria, a ver si en cierta ocasión forzaste en Arcadia a una moza libre... ¿Qué pretendes mordiéndote el dedo y te quedas pasmado? Me estoy refiriendo a Penélope la hija de Icarío⁵.

HERMES. — ¿Y qué le sucedió para parirte cabrón en lugar de semejante a mí?

2 PAN. — Con sus propias palabras te contaré la historia. Al enviarme a Arcadia me dijo: «Hijo, yo soy Penélope la espartiatá, tu madre, pero sábetelo que tienes por padre a un dios, a Hermes, hijo de Maya y de Zeus. Y si llevas cuernos y tienes patas de cabrón, no debes afligirte por ello, que cuando tu padre se acostó conmigo adoptó la imagen de un macho cabrío a fin de pasar desapercibido y de resultas de ello saliste tú parecido a un cabrón.

HERMES. — Sí, por Zeus, ya me acuerdo de haber hecho algo semejante. ¿Así que yo, que tanto presumo de mi belleza y que para colmo soy barbilampiño, voy a ser llamado padre tuyo y a ser el hazmerreír de todos por este hijo tan guapo?

3 PAN. — Yo no voy a dar motivo para que te avergüences de mí, padre. Pues soy músico y toco la siringa con total suavidad y Dioniso no puede hacer nada sin contar conmigo sino que me ha nombrado compañero y miembro de su cortejo, y además le dirijo el coro. Y si pudieras contemplar mis rebaños, cuántos tengo por Tegea y en las laderas del Partenio, te pondrías contentísimo; soy también dueño y señor de toda Arcadia e incluso ayer, como quien dice, luchando como aliado de los Atenenses en Maratón destaqué por mi valor de tal manera que como premio se me concedió la cueva que hay al pie de la Acrópolis. Y caso que vayas a Atenas sabrás lo importante que es allí el nombre de Pan⁶.

² Con respecto a este complot, véase HOMERO, *Iliada* I 390 y sigs., y el propio LUCIANO, *Zeus Trágico* 40.

³ Uno de los gigantes o mejor de los Titanes, a decir de los mitógrafos.

⁴ Este sobrenombre de Hermes hace alusión al nacimiento de Hermes en una cueva del monte Cilene, al sur de Arcadia; en este sentido es «paisano» de Pan, dios de pastores y rebaños cuyo culto se propaga pronto por toda Grecia.

⁵ Por más que pueda resultar un tanto sorprendente para el lector esta Penélope a la que alude Pan es la virtuosa esposa de Ulises.

⁶ Tan importante que en la ladera noroeste de la Acrópolis se encontraba y veneraba la cueva de Pan, cuya intervención

4 HERMES. — Y dime, ¿te has casado ya, Pan, pues creo que es así como te llaman?

PAN. — ¡Qué va!, padre, pues soy propenso a enamorarme y no me conformaría fácilmente con acostarme con una sola.

HERMES. — A la vista está que andas metiendo mano a las cabras.

PAN. — Te burlas de mí, yo me acuesto con Eco, Pítide y todas las ménades de Dioniso, y se me rifan.

HERMES. — ¿Sabes, entonces, hijo, cuál es el primer favor que voy a pedirte?

PAN. — Mándame, padre, sepamos cuál es.

HERMES. — Acércate y abrázame, pero mira de no llamarme padre tuyo cuando pueda oírlo otro.

3 (23)

APOLO Y DIONISO

1 APOLO. — ¿Cómo podríamos explicar, Dionisio, que siendo hermanos por parte de madre Eros, Hermafrodito y Príapo tengan un aspecto externo y una forma de comportarse tan distintas? porque el uno es muy hermoso, arquero y provisto de una fuerza no pequeña y es dueño y señor de todos; el otro en cambio⁷ es afeminado y semihombre y de aspecto ambiguo, no podría distinguirse si se trata de un mozo o de una moza; el tercero es varonil hasta la exageración.

DIONISO. — No hay que extrañarse, pues no tiene Afrodita la culpa de ello sino sus padres que fueron muy distintos; en muchas ocasiones hijos del mismo padre nacidos de un solo vientre resultan el uno varón y el otro hembra como vosotros.

APOLO. — Sí, pero nosotros somos parecidos y tenemos los mismos comportamientos, pues ambos somos arqueros.

DIONISO. — Hasta el arco llega el parecido, Apolo, pues otras facetas no son semejantes; así Ártemis anda matando extranjeros en el país de los escitas, en tanto que tú das oráculos y sanas a los enfermos.

2 APOLO. — ¿Tú crees que mi hermana está contenta en el país de los escitas, ella que está preparada, caso que llegue un griego a la Táuride, a embarcarse con él porque le dan asco las matanzas?⁸

DIONISO. — Hace bien. Sin embargo, Príapo..., voy a contarte una historia muy graciosa. Estando ayer como quien dice en Lámpsaco, andaba yo por la ciudad; él me acogió y me dio hospitalidad en su casa. Después de acostarnos luego de habernos empapado de lo lindo en el banquete, al filo de la media noche el buen hombre se levantó y... me da vergüenza decirlo.

APOLO. — ¿Intentó meterte mano, Dioniso?

DIONISO. — Algo así.

APOLO. — ¿Y tú cómo reaccionaste?

DIONISO. — ¿Qué otra cosa iba a hacer que echarme a reír?

APOLO. — Hiciste muy bien en no reaccionar de forma airada o violenta, pues es disculpable, siendo tú tan apuesto como eres, que intentara meterte mano.

DIONISO. — Precisamente por ello podría intentar sus tanteos contigo, Apolo, que tú también eres guapo, de larga cabellera, así que aun estando sobrio, bien podría Príapo meterte mano.

APOLO. — Pero no me la va a meter, Dioniso, porque además de la melena tengo también el arco y las flechas.

legendaria en Maratón es glosada por HERÓDOTO, VI 105, y por el propio LUCIANO, *Doble acusación*, y *Aficionado a la mentira* 3.

⁷ El primero es Eros, el segundo es Hermafrodito y el tercero es Príapo.

⁸ Alusión al papel que desempeña Artemis en la *Ifigenia entre los Tauros* en versión de Eurípides.

4 (24)

HERMES Y MAYA

1 HERMES. — ¿Es que hay en el cielo, madre, una divinidad más desgraciada que yo?

MAYA. — No digas una cosa así, Hermes.

HERMES. — ¿Cómo no voy a decirla yo que tengo tantísimos asuntos que atender y trabajar yo solo desperdigándome en tantos servicios? Por la mañana recién levantado tengo que barrer la sala del banquete, y luego de extender el cojín del diván y poner en orden cada cosa, presentarme a Zeus y hacer llegar sus recados, corriendo todo el santo día para arriba y para abajo, y cuando vuelvo, manchado aún de polvo, servir la ambrosía. Y antes de que llegara el copero ese recién adquirido, tenía yo también que escanciar el néctar⁹. Y lo peor del caso es que de todos soy el único que no duerme por la noche, sino que entonces he de llevarle en comitiva las almas a Plutón, acompañar a los muertos y estar presente en la sesión del tribunal. Por lo visto no tengo bastante con mis quehaceres diurnos, a saber, estar en las palestras, actuar de pregonero en las asambleas e instruir a los oradores, sino que encima, dividido en trozos¹⁰, he de organizar los asuntos de los muertos.

2 Los hijos de Leda¹¹, en cambio, están cada uno de ellos un día en el cielo y otro en el Hades, en tanto que a mí me toca inexorablemente hacer todas esas tareas en el mismo día. Y los hijos de Alcmena y de Sémele¹², pese a haber sido engendrados de mortales desdichados, disfrutan de lo lindo, sin cavilaciones de ningún tipo. Yo, en cambio, el hijo de Maya la Atlántida, estoy a su servicio. Incluso ahora mismo, recién llegado de Sidón de la casa de la hija de Cadmo a donde me envió para ver qué es lo que hace la niña¹³, sin darme un respiro me ha enviado otra vez a Argos para visitar a Dánae: «y desde allí —me dice— te vas a Beocia y al paso échale un vistazo a Antíope»¹⁴. En resumen, que estoy hasta el gorro. Por lo menos, si pudiera, gustosamente pediría que me vendieran como los que en la tierra viven en desgraciada esclavitud.

MAYA. — Deja eso, hijo, que siendo joven como eres tienes que estar al servicio de tu padre. Y ahora, como te envió, sal pitando para Argos y después a Beocia, no sea que por racanear te lleves algún palo que otro, pues los enamorados se cabrean enseguida.

5 (1)

PROMETEO Y ZEUS

1 PROMETEO. — Suéltame, Zeus, que ya he sufrido sufrimientos terribles.

ZEUS. — ¿Que te suelte dices, tú, que deberías tener cadenas¹⁵ aún más pesadas y el Cáucaso entero sobre tu cabeza, con dieciséis buitres que no sólo te punzaran el hígado sino que te horadarán los ojos, por habernos modelado a unos seres vivos como los hombres, habernos robado el fuego y habernos fabricado a las mujeres? ¿Y el modo en que me engañaste en el reparto de las carnes, ofreciéndome huesos cubiertos de grasa mientras guardabas para ti las mejores tajadas?, ¿qué se puede decir al respecto?

⁹ Menciona Hermes a Ganimedes, que raptado por Zeus pasó a su servicio como copero de los dioses, descargando al dios del caduceo de este menester.

¹⁰ Así dice literalmente el texto griego; en castellano cuando alguien debe realizar varias funciones al mismo tiempo decimos que actúa «multiplicándose».

¹¹ Alusión a Cástor y Pólux.

¹² Alusión a Heracles y Dioniso, respectivamente.

¹³ Alusión probable a Europa más que a Ino.

¹⁴ Una de las hijas del dios-río Asopo, prisionera de Lico que posteriormente consiguió escapar a su cautiverio.

¹⁵ Todo lo relativo a la historia de Prometeo está mencionado por Luciano en los diálogos 23 y 71, en *HEsioDo*, *Trabajos y Días* 47 y sigs., y *Teogonía* 510 y sigs. Esquilo, por su parte, tiene una tragedia íntegramente dedicada al tema.

PROMETEO. — ¿Y no basta ya con el castigo que he cumplido, estando tanto tiempo encadenado al Cáucaso, alimentando con mi hígado al águila, maldita ave donde las haya?

ZEUS. — Pues eso no es ni una parte insignificante de lo que tienes que sufrir.

PROMETEO. — Y además no me vas a soltar gratis pues te voy a desvelar, Zeus, algo muy importante¹⁶.

2 ZEUS. — No intentes engañarme con palabrerías, Prometeo.

PROMETEO. — ¿Y qué sacaría yo en limpio con ello? No dejarás de saber otra vez dónde está el Cáucaso, ni te faltarán cadenas si me pillas maquinando alguna maniobra.

ZEUS. — Di antes qué recompensa me vas a ofrecer que sea importante para mí.

PROMETEO. — ¿Y si te digo a dónde diriges tus pasos ahora, me haré acreedor a tu confianza incluso cuando te dé los restantes vaticinios?

ZEUS. — ¿Cómo no?

PROMETEO. A casa de Tetis diriges tus pasos para acostarte con ella.

ZEUS. — Eso lo acertaste. Pero, ¿qué pasará después? Parece que vas a decir algo.

PROMETEO. — No se te ocurra hacer el amor con ella, pues si quedara embarazada de ti, el hijo que naciera te haría lo mismo que hiciste tú a...

ZEUS. — ¿Estás diciendo que seré derribado del poder?

PROMETEO. — Ojalá no sea así, pero la unión con ella comporta esta amenaza.

ZEUS. — Que se vaya a hacer puñetas entonces Tetis. Y a ti que por tu información te suelte Hefesto.

6 (2)

EROS Y ZEUS

1 EROS. — Pero si en algo fallé, Zeus, perdóname que soy un niño.

ZEUS. — ¿Un niño tú, Eros, que eres más viejo que Jápeto¹⁷? ¿O porque no tienes barba ni canas estimas lógico pasar por un retoño tú, que eres un viejo y un canalla?

EROS. — ¿Y qué gran ofensa ha cometido contra ti el viejo que dices que soy yo para que proyectes encadenarme?

ZEUS. — Mira a ver, maldito, si la ofensa es de poca monta, tú que te burlas de mí de tal modo que no hay nada ya en que no me hayas convertido: sátiro, toro, oro, cisne, águila¹⁸. Por el contrario, no has logrado que ninguna se enamorara de mí, ni acierto a comprender que haya yo resultado dulce a alguna mujer merced a tu intervención, sino que he tenido que utilizar mil trucos con ellas y ocultar mi personalidad. Ellas abrazan a un cisne, o un toro, pero si me vieran en persona se morirían de miedo.

2 EROS. — Naturalmente, Zeus, pues como son mortales no resisten tu mirada.

ZEUS. — ¿Y cómo es que a Apolo lo aman Branco y Jacinto¹⁹?

EROS. — Pero Dafne lo rechazó a él también y eso que tenía larga melena y rostro barbilampiño. Si quieres ser objeto de su amor no agites la égida ni lles el rayo, antes bien, hazte lo más seductor posible, blando a la vista, dejando caer tus rizos y recogíendotelos con la diadema; ponte vestido de púrpura, cálzate sandalias de oro, camina cadencioso al son de la flauta y los

¹⁶ Las palabras de Prometeo no indican algo importante, sino algo de inexorable cumplimiento, literalmente, algo que se desvela líneas más abajo. Si Zeus se acuesta con Tetis, inexorablemente será derribado del poder; se trata, pues, de un hecho de suma importancia al que Zeus sólo puede escapar renunciando a sus pasiones por Tetis.

¹⁷ Jápeto era un titán; su antigüedad era, pues, probada. Sobre la antigüedad, aún mayor, de Eros, cf. HESÍODO, *Teogonía* 120, 134 y sigs.

¹⁸ Alusión una vez más a las múltiples metamorfosis de Zeus para seducir a mortales: respectivamente, Antíope, Europa, Dánae, Leda y Ganimedes.

¹⁹ Dos jóvenes de quienes se enamoró Apolo: Branco, era hijo de un héroe oriundo de Delfos y había fundado un oráculo en Dídima; por su parte, Jacinto quedó metamorfoseado en flor si hemos de hacer caso a la versión de OVIDIO, *Metamorfosis* X 162 y sigs.

tímpanos y verás cómo te acompañan más mujeres que las ménades de Dioniso.

ZEUS. — ¡Fuera! Si tengo que ponerme con esas pintas prefiero no ser un seductor.

EROS. — Así las cosas, Zeus, no pretendas seducir, pues ésta es la forma más apropiada.

ZEUS. — No; que yo quiero hacer el amor, pero por unos procedimientos menos complicados que esos. Con esas condiciones, te voy a soltar.

7 (3)

ZEUS Y HERMES

ZEUS. — ¿Conoces a la hija de Ínaco, Hermes, a esa tan guapa?

HERMES. — Sí, ¿te refieres a Io?

ZEUS. — Ya no es una chica sino una ternera²⁰.

HERMES. — Eso es prodigioso. ¿De qué modo se produjo el cambio?

ZEUS. Hera, transida de celos, la transformó. Pero ahora acaba de maquinarse contra la desdichada otra terrible idea; le ha puesto pegada a ella a un pastor —Argo se llama— que tiene cien ojos que apacienta a la ternera y está siempre despierto.

HERMES. — ¿Y qué conviene que hagamos nosotros?

ZEUS. — Vete volando a Nemea, que es allí donde Argo ejerce su oficio de pastor, y mátao. Y a Ío, luego de llevarla a Egipto a través del mar, conviértela en Isis. Y que en adelante sea una divinidad para los habitantes del lugar y haga crecer el Nilo y les envíe vientos y salve a los navegantes.

8 (5)

ZEUS Y HERA

1 HERA. — Desde que raptaste al mozalbete ese, Zeus, al frigio²¹, y lo trajiste del Ida me haces menos caso.

ZEUS. — ¿También estás celosa de este muchacho tan sencillo y tan inocuo? Yo creía que sólo te enfadabas con las mujeres que tienen relaciones conmigo.

2 HERA. — Ni está bien lo que haces, ni es propio de ti que, siendo dueño y señor de todos los dioses, me abandones a mí, tu legítima esposa, y bajes a la tierra a cometer adulterios convertido en oro, en sátiro o en toro. Sólo que mientras que aquéllas se te quedan en tierra, el muchachito este del Ida al que raptaste y trajiste volando, tú la más noble de las águilas, vive aquí con nosotros, posado sobre mi cabeza, en teoría como «escanciador», ¿es que te faltan escanciadores? ¿O es que han renunciado a seguir sirviéndote Hebe²² y Hefesto?

Tú nunca coges la copa de sus manos sin antes besarla en presencia de todos, y su beso es para ti más dulce que el néctar y precisamente por ello, muchas veces aunque no tienes sed, pides de beber. Y en ocasiones te limitas a probar la bebida, le entregas la copa, y cuando bebe él, volviéndola tú a coger, bebes lo



²⁰ El tema de Zeus e Io, convertida en ternera debido a los celos de Hera, está tratado por APOLODORO, *Biblioteca* III 1, 3, y OVIDIO, *Metamorfosis* I 568 y sigs. También Esquilo la hace aparecer en *Prometeo Encadenado* 563 y sigs.

²¹ Alusión obvia al rapto de Ganimedes tratado con detalle en el diálogo 10 «Zeus y Ganimedes» (*infra*).

²² Hebe, personificación de la Juventud, cuyas funciones además de la ya mencionada de «escanciadora» de los dioses antes de la llegada de Ganimedes eran preparar el baño a Ares y ayudar a Hera a uncir su carro. Contrasta vivamente con Hefesto, servidor más zafio y tosco, siempre manchado del hollín en la fragua.

que queda en ella posando tus labios en el mismo sitio en que él bebió a fin de besarle a la vez que bebes. Ayer mismo como quien dice tú, el rey y padre de todos, dejando a un lado la égida y el rayo, te sentaste a jugar a los dados con él, tú, un tío con toda la barba. Que lo veo todo yo, así que no creas que no me doy cuenta de las cosas.

3 ZEUS. — ¿Y qué hay de malo, Hera, en besar a un muchachito tan guapo en plena bebida y disfrutar de ambas cosas, del beso y del néctar? Si le diera yo permiso para que te besara una sola vez, ya no me echarías en cara el que piense que su beso es preferible al néctar.

HERA. — Esas palabras son propias de pederastas. Yo, que no me vuelva tan loca como para acercar mis labios al frigio ese tan blandengue y afeminado.

ZEUS. — No insultes, amiga mía, a mi muchachito. Ese afeminado, ese bárbaro, ese blandengue es para mí más placentero y excitante que... No quiero decírtelo para no cabrearte más aún.

4 HERA. — Por mí, ojalá te casaras con él. Haz memoria al menos de las ofensas que cual borracho me estás infiriendo por culpa del escanciador de marras.

ZEUS. — Vamos, que debería escanciarnos tu hijo Hefesto, el cojo, recién llegado de la fragua, sucio de resultas de las cenizas nada más dejar las tenazas. ¿Y qué?, ¿tenemos nosotros que coger la copa de semejantes dedos al tiempo que lo abrazamos y besarlo mientras? ¡Ni siquiera tú, que eres su madre, lo besarías con agrado con el rostro requemado de hollín! ¡Eso es, por lo visto, más agradable! Vamos, que el escanciador ese es, sin duda, más idóneo para el banquete de los dioses, y a Ganimedes, en cambio, hay que mandarlo otra vez al Ida; claro, que está limpio, tiene dedos sonrosados y alarga la copa como un profesional. Y lo que más te cabrea, sus besos son más dulces que el néctar.

5 HERA. — Ahora, por lo visto, Zeus, es cuando ese cojo Hefesto y sus dedos no son dignos de tu copa y está lleno de hollín y te desmayas sólo de verlo desde que el Ida nos crió a este mozo tan apuesto. Antes ni te fijabas en todo eso, y ni las cenizas ni la fragua te impedían tomar la bebida de manos suyas.

ZEUS. — Tú misma te atormentas, Hera, y con tus celos no consigues otra cosa que acrecentar mi pasión. Y si te cabrea recibir la bebida de manos de un mozo tan guapo, que te la escancie tu hijo. Y tú, Ganimedes, entrégame a mí solo la copa y por cada vez que me la acerques me das dos besos, uno cuando me la ofrezcas llena y otro cuando la vuelvas a recibir de mis manos. ¿Qué pasa? ¿Estás llorando? No tengas miedo, que si alguien pretende afligirte lo lamentaré.

9 (6)

HERA Y ZEUS

1 HERA. — Y el Ixión ese, ¿qué clase de hombre crees tú que es?

ZEUS. — Es una buena persona y un buen compañero de banquete, pues no estaría con nosotros si fuera indigno de compartir nuestra mesa.

HERA. — Pues es indigno en grado sumo porque es un insolente; así que, deje ya de sentarse en nuestra mesa.

ZEUS. — ¿Y qué clase de insolencia es la que cometió? Conviene, creo, que yo también lo sepa.

HERA. — ¿Pues cuál va a ser sino...? Vergüenza me da contártelo; tal fue su grado de osadía.

ZEUS. — Pues con más razón precisamente por ello deberías decírmelo, ya que ha intentado llevar a cabo alguna acción vergonzosa. ¿Acaso trataba de meter mano a alguna? Pues comprendo que es alguna desfachatez de este estilo la que tienes reparos en contarme.

2 HERA. — A mí en persona y no a otra cualquiera²³, Zeus, y desde hace ya mucho tiempo. Al principio no captaba yo el problema, por qué razón clavaba la mirada en mí; pero él suspiraba y lloriqueaba y siempre que yo le entregaba la copa a Ganimedes después de beber, él pedía beber en

²³ La historia de Ixión, encadenado a una rueda de fuego que giraba en los aires sin cesar como castigo por haber intentado seducir a Hera. Cf. al respecto PÍNDARO, *Píticas* 2, 21 y sigs.; DIODORO SICULO, IV 69, 3, y APOLODORO, *Epítome* 1, 20.

esa misma copa y cogiéndola la colmaba de besos, la acercaba a sus ojos y de nuevo volvía a dirigirme la mirada. Entonces comprendí que eran gestos amorosos. Y durante mucho tiempo me daba vergüenza contártelo y pensaba que al individuo en cuestión se le pasaría la chifladura. Mas luego que ha tenido la osadía de declarármese, tras dejarlo lloroso y retorciéndose por el suelo, tapándome los oídos para no escuchar proposiciones tan insolentes, he venido a contártelo. Tú verás cómo castigas a este individuo.

3 ZEUS. — ¡Vaya con el cabrón este! ¿Así que conspira contra mí y aspira a casarse con Hera? ¿Tan borracho lo ha puesto el néctar? Nosotros somos los culpables de ello, pues, llevados de una excesiva filantropía, los hemos hecho copartícipes de nuestra mesa. Claro, que habría que perdonarles si bebiendo lo mismo que nosotros y viendo bellezas celestiales cual jamás antes las vieron sobre la faz de la tierra, anhelan gozar de ellas, presos del amor. Que el amor es algo violento y no sólo se adueña de los hombres sino también en ocasiones de nosotros mismos.

HERA. — De ti, desde luego, es dueño y señor, te lleva y te arrastra como dice el refrán por la nariz y tú lo sigues allí donde te guíe y fácilmente te transformas en lo que él te ordene; en una palabra, que eres objeto y juguete del amor. Y ahora ya sé que vas a perdonar a Ixión porque tú también en cierta ocasión cometiste adulterio con su mujer²⁴, que te engendró a Pirítoo.

4 ZEUS. — ¿Aún te acuerdas de las diversiones con las que me entretenía al bajar a la tierra? Pero, ¿sabes qué opinión tengo de Ixión? En modo alguno castigarlo o dejarlo fuera del banquete, estaría feo. Pero puesto que está enamorado, según dices, y anda llorando y sufre lo insufrible...

HERA. — ¿Qué, Zeus? Temo que vayas a formular una propuesta insolente.

ZEUS. — En absoluto; si modelamos de una nube una imagen que se parezca a ti, una vez que el banquete haya acabado y él, como es lógico, no pueda conciliar el sueño por culpa del amor, se la llevaremos y la acostaremos con él, así tal vez dejará de afligirse cuando crea que ha alcanzado sus deseos.

HERA. — ¡Quita, quita! Que se vaya a hacer puñetas por codiciar lo que está por encima de él.

ZEUS. — Sin embargo cálmate, Hera, ¿qué daño podrías sufrir de una imagen, en caso que Ixión se una con una nube?

HERA. — Pero yo pareceré ser la nube y a causa de ese parecido cometeré ese acto ignominioso contra mí.

ZEUS. — No digas eso, que ni la nube podrá jamás ser Hera, ni tú la nube; Ixión será la única víctima del engaño.

HERA. — Pero los hombres todos son vulgares; tal vez cuando baje presumirá e irá explicando a todos que se ha acostado con Hera y que ha compartido el lecho de Zeus, e incluso podría decir que yo estaba enamorada de él, y ellos —los hombres— darán crédito a sus palabras pues no saben que se acostó con una nube.

ZEUS. — Bien, pues caso que cuente historias semejantes lo dejaré caer en el Hades y, encadenado, pobre de él, a una rueda, estará siempre dando vueltas con ella y tendrá un quehacer inacabable como castigo no de su pasión amorosa —que eso no es nada malo— sino de su arrogancia.

10 (4)

ZEUS Y GANIMEDES

1 ZEUS. — ¡Vamos, Ganimedes! Ya hemos llegado adonde debíamos llegar; bésame ya para que veas que no tengo ni pico encorvado ni uñas afiladas, ni alas tal como me di a ver a ti con aspecto de ave.

GANIMEDES. — ¡Hombre! ¿No eras hace un instante un águila que lanzándote sobre mí me raptaste de en medio del rebaño? ¿Cómo se te han caído las alas y has cobrado ya un aspecto

²⁴ Alusión a Día, esposa de Ixión; Pirítoo es presentado como tal en *Iliada* XIV 318.

distinto?

ZEUS. — Pues no estás viendo a un hombre, muchacho, ni a un águila; el rey de todos los dioses, ése soy yo que me transformé según pedía la ocasión.

GANIMEDES. — ¿Qué dices? ¿Así que tú eres el famoso Pan? ¿Entonces cómo es que no llevas siringe ni cuernos ni tienes las patas peludas?

ZEUS. — ¿Piensas, pues, que no hay más dios que él?

GANIMEDES. — Sí, y le sacrificamos un cabrón íntegro llevándolo hasta la gruta en donde está plantado²⁵; pero tú me parece que eres un vulgar bandido.

2 ZEUS. — Dime; ¿no has oído nunca el nombre de Zeus ni viste en el Gárgaro un altar del que hace llover y produce relámpagos?

GANIMEDES. — ¿Así que dices, buen hombre, que eres el que ayer como quien dice nos envió una enorme tormenta, el que se dice que habita en las alturas, el que produce el ruido, a quien mi padre ofrendó en sacrificio un carnero? ¿Qué ofensa te he inferido para que me raptaras, rey de los dioses? Tal vez los lobos cayendo sobre mis rebaños abandonados los despedazarán.

ZEUS. — ¿Aún te preocupas de los rebaños ahora que has pasado a ser inmortal y que estarás aquí en nuestra compañía?

GANIMEDES. — ¿Qué dices? ¿No me vas a llevar hoy al Ida?

ZEUS. — En modo alguno, pues me habría convertido de dios en águila para nada.

GANIMEDES. — ¿Entonces mi padre me buscará y se disgustará si no me encuentra y recibiré luego unos cuantos golpes por haber dejado el rebaño?

ZEUS. — ¿Y dónde te verá?

GANIMEDES. — En modo alguno; yo lo estoy echando ya de menos. Si me llevas allí te prometo ofrecerte en sacrificio otro carnero de su parte como pago por mi rescate; tenemos uno de tres años, grande, el que guía a los demás al pasto.

3 ZEUS. — ¡Qué ingenuo y qué cándido es el muchacho! ¡Es aún muy niño! —Pero, Ganimedes, manda a paseo todo eso y olvídate del rebaño y del Ida. Tú eres ya un «celícola»—. Desde aquí podrás hacer favores a tu padre y a tu patria, y en lugar de queso y leche comerás ambrosia y beberás néctar, pues realmente nos lo ofrecerás al tiempo de escanciarlo a todos nosotros. Y lo más importante, no serás ya un hombre, sino un dios inmortal y yo haré que tu estrella resplandezca en grado sumo; en dos palabras: serás feliz.

GANIMEDES. — Y si me apetece jugar, ¿quién compartirá conmigo los juegos? Pues en el Ida hay muchos de mi misma edad.

ZEUS. — También aquí tienes para jugar contigo a Eros y muchísimas tabas. Límitate a estar animoso y radiante y a no echar de menos en absoluto lo de allí abajo.

4 GANIMEDES. — ¿Y en qué faceta podría seros útil? ¿Es que tendré que apacentar rebaños aquí también?

ZEUS. — No, sino que escanciarás el vino, estarás encargado del néctar y cuidarás del banquete.

GANIMEDES. — Eso no es difícil, pues yo ya sé cómo hay que servir la leche y ofrecer el cuenco.

ZEUS. — ¡Y dale! Otra vez se acuerda de la leche y cree que va a estar al servicio de mortales, que esto es el cielo y lo que bebemos, como te dije, es el néctar.

GANIMEDES. — ¿Y está más rico que la leche?

ZEUS. — Enseguida lo sabrás, y cuando lo pruebes dejarás de echar de menos la leche.

GANIMEDES. — ¿Y dónde voy a acostarme por la noche? ¿Acaso con Eros, que es de mi edad?

ZEUS. — No, que precisamente por eso te rapté, para que durmiéramos juntos.

GANIMEDES. — ¿No podrías tu dormir solo, sino que te resulta más agradable hacerlo conmigo?

ZEUS. — Sí, y con alguien como tú, Ganimedes, agradable sobremanera.

5 GANIMEDES. — ¿Y mi belleza, qué ventajas te va a reportar para conciliar el sueño?

ZEUS. — Ejerce una suave fascinación y hace el sueño más placentero.

²⁵ El texto griego utiliza esa expresión literal para indicar que tiene ahí su estatua.

GANIMEDES. — Pues mi padre se enfadaba conmigo cuando dormía con él y al alba me explicaba que no le había dejado dormir dando vueltas y patadas y berreando en sueños mientras dormía; así que me solía mandar a dormir con mi madre en muchas ocasiones. Si me has raptado para eso, es ya el momento de devolverme a la tierra o tendrás problemas de insomnio, pues te voy a hacer la puñeta sin parar de dar vueltas.

ZEUS. — Precisamente en eso me proporcionarás el mayor placer, si me despierto contigo besándote y abrazándote sin parar.

GANIMEDES. — Tú sabrás, pues yo estaré bien dormido mientras me besas.

ZEUS. — Ya veremos entonces lo que hay que hacer; Ahora, Hermes, llévatelo y, una vez que haya bebido la bebida de la inmortalidad, tráelo aquí para que nos escancie y enséñale previamente cómo hay que ofrecer la copa.

11 (7)

HEFESTO Y APOLO

1 HEFESTO. — ¿Has visto, Apolo, al retoño de Maya, al recién nacido, qué guapo es y cómo les sonríe a todos y da ya a ver que va a ser algo bueno?

APOLO. — ¿Que ese niño, Hefesto, va a ser algo bueno él, que en picardía es ya más viejo que Jápeto?

HEFESTO. — ¿Y qué daño puede hacer si es un niño recién nacido?

APOLO. — Pregúntale a Poseidón, a quien robó el tridente, o a Ares; también a este último le quitó la espada de la vaina sin que se diera cuenta. Eso por no hablar de mí mismo, a quien ha quitado el arco y las flechas²⁶.

2 HEFESTO. — ¿Eso ha hecho el bebé este que apenas se tiene de pie, el que está envuelto en pañales?

APOLO. — Ya lo verás, basta con que se te acerque.

HEFESTO. — Pues se me ha acercado ya.

APOLO. — ¿Y qué? ¿Tienes todas tus herramientas? ¿No se te ha perdido ninguna?

HEFESTO. — Todas, Apolo.

APOLO. — De todos modos mira bien.

HEFESTO. — ¡Por Zeus! No veo las tenazas.

APOLO. — Las verás, seguro, en los pañales del bebé.

HEFESTO. — ¿Tan buena mano tiene como si se hubiera estado entrenando para robar en el vientre de su madre?

3 APOLO. — ¡Y no lo has oído; con qué ingenio y con qué soltura parlotea! Incluso le gustaría ponerse a nuestro servicio. Ayer, desafiando a Eros, lo tiró al suelo en un voleo, no sé cómo, poniéndole la zancadilla con ambos pies; después, a la hora de celebrar su victoria, a Afrodita que lo abrazaba por ella, le quitó el cinturón y a Zeus, mientras se reía, el cetro. Y si el rayo no fuera tan pesado y no tuviera fuego, se lo habría quitado también.

HEFESTO. — Me estás hablando de un niño espabilado por encima de lo normal.

APOLO. — Pero no para ahí la cosa; también es músico.

HEFESTO. — ¿En qué te basas para afirmarlo?

4 APOLO. — Tras encontrar por ahí una tortuga muerta se fabricó con ella un instrumento; adaptándole brazos y una barra, ajustando después unas clavijas y poniendo debajo una especie de puente y tensando siete cuerdas, entonaba una melodía, Hefesto, afinada y armoniosa hasta el punto de suscitar mi envidia, yo, que llevo ya mucho tiempo tocando la cítara. Y decía Maya que ni

²⁶ El tema de los hurtos precoces de Hermes puede seguirse entre otros en el Himno homérico a Hermes, y en el drama satírico de Sófocles *Ichneutai*.

siquiera permanecería por las noches en el cielo, sino que movido por una excesiva curiosidad bajaría hasta el Hades, sin duda para robar algo allí también. Además lleva alas en los pies y se ha fabricado una varita que tiene una fuerza prodigiosa con la que acompaña las almas y lleva a los muertos hasta abajo.

HEFESTO. — Yo se la di para que jugara.

APOLO. — Pues buen pago te ha dado a cambio; las tenazas...

HEFESTO. — Has hecho bien en recordármelo; voy a darme un garbeo a ver si las recupero, si es que, como dices, a lo mejor se encuentran entre los pañales.

12 (9)

POSEIDÓN Y HERMES

1 POSEIDÓN. — ¿Es posible, Hermes, tener una entrevista con Zeus?

HERMES. — En absoluto, Poseidón.

POSEIDÓN. — De todos modos, anuncia mi visita.

HERMES. — Que no molestes, te estoy diciendo; es un momento inoportuno, así que ahora mismo no lo vas a poder ver.

POSEIDÓN. — ¿Es que está con Hera?

HERMES. — No; se trata de un tema de otra índole.

POSEIDÓN. — Comprendo; es que está dentro Ganimedes.

HERMES. — Tampoco es eso; es que está pachucho.

POSEIDÓN. — ¿Y de dónde le viene el mal? Me extraña lo que dices.

HERMES. — Me da vergüenza decírtelo; tal es lo que le pasa.

POSEIDÓN. — Pues no debería darte, que para eso soy tu tío.

HERMES. — Acaba de dar a luz, Poseidón.

POSEIDÓN. — ¡Vamos, anda! ¿Que ha parido él? ¿Y de quién es el hijo? ¡A ver si es que no nos hemos dado cuenta de que era andrógino! Su vientre, desde luego, no delataba ninguna hinchazón.

HERMES. — Llevas razón, es que no tenía ahí el feto.

POSEIDÓN. — Comprendo, ha dado a luz otra vez por la cabeza como cuando parió a Atenea; pues sí que tiene una cabeza «paritoria».

HERMES. — Que no, que estaba concibiendo en el muslo el feto extraído de Sémele.

POSEIDÓN. — Cojonudo, el tipo este que se queda embarazado y da a luz por todas las partes de su cuerpo. Pero ¿quién es Sémele?

2 HERMES. — Una tebana, la única de las hijas de Cadmo; anduvo con ella y la dejó embarazada.

POSEIDÓN. — Y después, Hermes, ¿dio a luz él en vez de ella?

HERMES. — Pues sí, por muy absurdo que te parezca. Resulta que Hera —ya sabes que es muy celosa— va en secreto a casa de Sémele y la convence de que le pida a Zeus que se acercara a ella con truenos y relámpagos. Como Zeus se dejó convencer y acudió con el rayo, el tejado ardió en llamas y resulta que Sémele muere por acción del fuego. Entonces va y me ordena que corte y abra el vientre de la mujer y le saque el feto sietemesino²⁷. Una vez que lo hice, rasgándose su propio muslo va y se lo coloca dentro para que allí se desarrolle hasta el final; y ahora ya, al tercer mes, lo ha parido y, de resultas de los dolores, está pachucho.

POSEIDÓN. — ¿Y dónde está ahora el bebé?

HERMES. — Luego de llevarlo a Nisa, lo entregué a las ninfas para que lo criaran, no sin antes darle el nombre de Dioniso.

²⁷ El relato tiene oscilaciones de tiempos y aspectos que hemos querido mantener en nuestra traducción, sin emplear siempre el mismo tiempo y el mismo aspecto.

POSEIDÓN. — ¿Resulta entonces que este es al mismo tiempo madre y padre de Dioniso?

HERMES. — Eso parece; yo me voy a traerle agua para la herida y poner en práctica los cuidados de ritual con un recién parido.

13 (8)

HEFESTO Y ZEUS

1 HEFESTO. ¿Qué debo hacer, Zeus? Pues, siguiendo tus órdenes, vengo con el hacha muy afilada, que si hiciera falta hasta podría partir por la mitad las piedras de un golpe.

ZEUS. — Bravo, Hefesto. Pero, da un golpe seco y párteme la cabeza en dos.

HEFESTO. — ¿Me intentas poner a prueba, a ver si me he vuelto loco? Ordéname de verdad lo que quieres que haga contigo.

ZEUS. — Pues eso justamente, partirme el cráneo por la mitad. Y si no me haces caso no será ahora la primera vez que experimentes en tus carnes mi cólera²⁸. Y tienes que descargar el golpe con toda tu fuerza sin demorarte, que me muero de dolores de parto que me están haciendo polvo el cerebro.

HEFESTO. — Mira a ver, Zeus, no vayamos a hacer algún disparate; que el hacha está muy afilada y te va a ayudar a parir no sin sangre ni al modo de Ilitía²⁹.

ZEUS. — Tú límitate a descargar el golpe sin miedo, que yo ya sé lo que me conviene.

HEFESTO. — Muy a pesar mío lo voy a descargar. ¿Qué remedio me queda, si lo ordenas tú? ¿Qué es esto? ¿Una muchacha armada? Un gran dolor tenías en la cabeza. Así estabas tan cabreado, pues estabas dando vida bajo las meninges a semejante doncella, y encima armada. Sin darte cuenta tenía un campamento y no una cabeza. Y ella salta y brinca y agita el escudo y blande la lanza y está llena de furor divino. Y lo más importante, en breve se ha puesto guapísima y en la flor de la vida. Tiene ojos verdes pero el casco los resalta y realza su belleza. Así que dámela en matrimonio como pago por mi asistencia al parto.

ZEUS. — Es imposible lo que me pides, Hefesto, pues ella va a querer permanecer siempre virgen; por mi parte no puedo decir nada en contra.

HEFESTO. — Eso es lo que yo quería; el resto corre de mi cuenta y voy a raptarla ya.

ZEUS. — Si te resulta fácil, hazlo, sólo que sé muy bien que tus amores son imposibles³⁰.

14 (10)

HERMES Y HELIOS

1 HERMES. — Dice Zeus, Helios, que no conduzcas hoy el carro, ni mañana, ni al otro, sino que te quedes dentro; así el tiempo que transcurra será una larga noche. Conque, suelten las Horas de nuevo a los caballos, y tú apaga el fuego y tómate un descanso bien prolongado³¹.

HELIOS. — Me das un recado nuevo y singular. ¿Es que piensa que me he apartado del camino en mi carrera y me he salido fuera de los límites y por ello está enfadado conmigo y ha dictaminado hacer la noche tres veces más larga que el día?

HERMES. — No es nada de eso, ni va a ser así para siempre. Es que en este momento necesita

²⁸ Alusión a la experiencia anterior sufrida por Hefesto que fue dejado caer desde el Olimpo por Zeus furioso de que tomara partido por Hera.

²⁹ Hija de Zeus y Hera y hermana de Hebe, es una especie de divinidad femenina que preside los partos.

³⁰ Hefesto no desistió en su empeño. Intentó violar a Atenea, pero la espuma genesiaca del dios no llegó a entrar en ella; sacudida con unas lanas por la diosa, cayó al suelo del que brotó Erictonio según la leyenda.

³¹ El quehacer cotidiano del sol aparece cantado por primera vez con gran belleza en MIMMERMO DE COLOFÓN, 40D.

que la noche le resulte más larga.

HELIOS. — ¿Y dónde está? o ¿desde dónde te ha enviado con este recado para mí?

HERMES. — Desde Beocia, Helios, de casa de la esposa de Anfitríon con la que está acostado porque se ha enamorado de ella³².

HELIOS. — Entonces, ¿es que no le basta con una sola noche?

HERMES. — En absoluto, pues de su unión debe ser engendrado un tipo enorme y sufrido en grado sumo, y llevar a buen término un ejemplar así es imposible en una sola noche.

2 HELIOS. — Pues ojalá se las apañe para llevarlo a buen término. Esas cosas no pasaban, Hermes, en tiempos de Crono —estamos solos, ¿verdad?—; él nunca abandonaba el lecho de Rea ni dejaba el cielo para acostarse en Tebas, sino que el día era día y la noche adecuaba su duración a las estaciones, y no había nada extraño ni fuera de lo corriente, ni él se habría acostado nunca con una mujer mortal. Pero ahora, por causa de una desgraciada mujerzuela hay que poner todo patas arriba y mis caballos van a quedar faltos de entrenamiento por inactividad, mi camino va a hacerse intransitable por espacio de tres días completos; y los pobres hombres van a pasar la vida en la oscuridad. Ventajas de este tipo es lo que van a sacar en limpio de los amores de Zeus: esperar sentados envueltos en densa tiniebla a que él acabe de llevar a buen término al atleta en cuestión.

HERMES. — Calla, Helios, no vayan a acarrearle alguna desgracia tus palabras. Yo me marchó a casa de Selene y de Hipno³³ a transmitirles los recados de Zeus; a ella que avance su camino con cachaza; a él, Hipno, que no suelte a los hombres a fin de que no sepan que la noche se ha vuelto tan larga.

15 (13)

ZEUS, ASCLEPIO Y HERACLES

1 ZEUS. — Dejad de pelearos, Asclepio y Heracles, como si fuerais hombres, pues es cosa fea y que no cuadra al banquete de los dioses.

HERACLES. — ¿Acaso pretendes, Zeus, que este fabricante de fármacos se siente en la mesa en mejor sitio que yo?

ASCLEPIO. — Sí, por Zeus, pues soy superior.

HERACLES. — ¿En qué, cabeza de chorlito? ¿O es porque Zeus te fulminó con el rayo³⁴ por hacer lo que era ilícito, y ahora has conseguido a cambio por compasión la inmortalidad?

ASCLEPIO. — Pareces haber olvidado, Heracles, ya que sacas a colación el fuego, que tú también ardiste en llamas en el Eta³⁵.

HERACLES. — En absoluto son iguales o parecidas nuestras vidas, pues yo soy hijo de Zeus; he pasado mil penalidades intentando purificar la existencia, enfrentándome a fieras y castigando a hombres insolentes. Tú en cambio no eres más que un vulgar cortador de raíces y un mamarracho. Y tal vez has resultado positivo a los enfermos con la aplicación de tus fármacos, pero nunca has dado señales de tu hombría.

2 ASCLEPIO. — ¿Por qué no mencionas que te curé las quemaduras cuando hace un par de días como quien dice subiste al cielo medio quemado con el cuerpo hecho trizas por la acción de la túnica y además de ello, por la acción del fuego? Y yo, a falta de otra cosa, ni trabajé como esclavo igual que tú, ni cardé lana en Lidia vestido con túnica de color púrpura y golpeado por la sandalia

³² Este tema, glosado en la nota 36 de los *Diálogos de los muertos*, da pie a Plauto para la creación de una comedia de ese título: *Anfitríon*.

³³ La Luna y el Sueño respectivamente, ambos personificados.

³⁴ La historia de Asclepio, fulminado por el rayo de Zeus celoso de los prodigios que era capaz de obrar, aparece en PÍNDARO, *Nemeas* 3, 54; DIODORO SICULO, IV 71, 1-3, y APOLODORO, III 10, 3-4.

³⁵ Alusión a la muerte de Heracles en el monte Eta, donde se arrojó a una pira ardiendo, prendida por el pastor Peante (cf. APOLODORO, *Biblioteca* II 160).

de oro de Ónfale³⁶, ni maté a mis hijos y a mi mujer en un acceso de cólera.

HERACLES. — Si no dejas de insultarme, pronto sabrás de qué poco va a servirte la inmortalidad ya que luego de levantarte en vilo te voy a tirar de cabeza desde el cielo, de modo que ni Peón³⁷ te curará el cráneo hecho trizas.

ZEUS. — Basta ya de insultos, digo, y no perturbéis nuestro festín, o tendré que expulsaros a los dos del banquete. De todos modos, Heracles, es lógico que Asclepio ocupe su puesto en la mesa antes que tú, dado que también murió antes.

16 (14)

HERMES Y APOLO

1 HERMES. — ¿Por qué estás cabizbajo, Apolo?

APOLO. — Porque soy desgraciado en las lides del amor, Hermes.

HERMES. — Un asunto así es sin duda motivo de aflicción. ¿Y en qué consiste tu mala suerte? ¿O aún te apena el episodio de Dafne?

APOLO. — En absoluto; sufro por el laconio hijo de Ébalo, a quien amo.

HERMES. — Dime, ¿ha muerto Jacinto?

APOLO. — Ya lo creo que sí.

HERMES. — ¿Y a manos de quién ha muerto, Apolo? ¿O quién podría ser tan odioso como para matar a aquel apuesto muchacho?

APOLO. — Fue obra mía.

HERMES. — ¿Te volviste loco, Apolo?

APOLO. — No, es que sucedió un desgraciado accidente.

HERMES. — ¿Cómo? Quiero oír cómo sucedió.

2 APOLO. — Él estaba aprendiendo a lanzar el disco, y yo lo lanzaba con él³⁸; Céfiro, el más devastador de los vientos, estaba enamorado también de él desde hacía mucho tiempo; al no ser correspondido y no poder soportar su desprecio llevó a cabo la acción siguiente:

Yo, según solíamos hacer, solté el disco hacia arriba y él soplando con todas sus fuerzas desde el Taigeto impulsó el disco dirigiéndolo sobre la cabeza del joven de tal modo que como consecuencia del golpe la sangre brotó a borbotones y el chico murió instantáneamente. Yo intenté vengarme de Céfiro disparándole al punto con mis flechas persiguiéndolo en su huida hasta los montes. Al muchacho le he erigido un túmulo en Amiclas³⁹, donde lo derribó el disco, al tiempo que hice que de su sangre la tierra hiciera brotar una flor muy bonita, Hermes, la más tornasolada de todas las flores, con una inscripción con lamentos por el muerto. ¿Te parece, pues, que mi pena no tiene fundamento?

HERMES. — No, Apolo⁴⁰, pues sabías que habías tomado por amante a un mortal; así que no te aflijas por su muerte.

³⁶ Reina de Lidia en cuya corte trabajó Heracles como esclavo.

³⁷ La curación personificada en una divinidad que con el tiempo pasa a sincretizarse con Apolo y posteriormente con el propio Asclepio.

³⁸ Este bello episodio aparece recogido con exquisito esmero por OVIDIO, *Metamorfosis* X 162 y sigs.

³⁹ Aldea aledaña a Esparta.

⁴⁰ Ese «no» obviamente quiere decir que no tiene fundamento; el texto griego recoge «sí» que quiere decir «sí me parece que tu pena no tiene fundamento».

17 (15)

HERMES Y APOLO

1 HERMES. — ¡Y que el tipo este, cojo y vulgar obrero de oficio, se haya casado, Apolo, con las más guapas, Afrodita y Cárite!⁴¹

APOLO. — Buen destino tiene, Hermes. Hay una cosa que me llama la atención y es que aguanten estar con él, máxime cuando lo vean chorreando sudor, inclinado sobre la fragua y con la cara cubierta de hollín. Pues pese a todo lo abrazan, lo besan y se acuestan con él.

HERMES. — Eso es lo que me cabrea a mí y lo que le envidio a Hefesto. Tú, Apolo, peina tu cabellera, toca la cítara y presume de tu belleza, igual que presumo yo de mi vigor y de la lira, que cuando haya que acostarse dormiremos solos.

2 APOLO. — En lo que a mí respecta, estoy dejado de la mano de Afrodita en asuntos de amores, al menos en las dos personas a quienes quise hasta la exageración, a Dafne y a Jacinto; la primera intenta escapar de mí y me odia hasta el punto de preferir convertirse en tronco⁴² antes que tener relaciones conmigo; el segundo pereció por un golpe del disco; y ahora en vez de a ellos, lo que tengo son coronas.

HERMES. — Yo ya en cierta ocasión a Afrodita... no hay que presumir.

APOLO. — Ya lo sé; se cuenta que de ti engendró a Hermafrodito. Pero dime una cosa, si lo sabes, ¿cómo es que Afrodita no tiene celos de Cárite o Cárite de ella?

3 HERMES. — Porque ella está con él en Lemnos, y Afrodita en el cielo. Y además la mayor parte del tiempo le anda rondando a Ares, del que está también enamorada, así que poco le importa el herrero ese.

APOLO. — ¿Y crees que Hefesto lo sabe?

HERMES. — Lo sabe. Pero ¿qué podría hacer al ver que se trata de un joven de casta y militar por más señas? Así que se lo toma con calma. Excepto que amenaza con fabricar una especie de red y pillarlos juntos metidos en la cama. ¡Ya me gustaría ser yo a quien pillaran!

18 (16)

HERA Y LETO

1 HERA. — ¡Muy guapos son también, Leto, los hijos que le diste a Zeus!

LETO. — No todos podemos engendrarlos tal cual es Hefesto⁴³.

HERA. — Pues éste, aunque cojo, es un artista excelente, sumamente útil, y nos ha adornado el cielo, se ha casado con Afrodita y es correspondido por ella. Tus hijos en cambio, la una es hombruna por encima de los límites de lo razonable, y montaraz, y para colmo, al marchar hacia Escitia todos saben qué clase de comida comía, matando a los extranjeros e imitando a los mismísimos escitas que son antropófagos⁴⁴. Apolo, a su vez, pasa por saberlo todo, disparar el arco, tocar la cítara, practicar la medicina y ejercer el arte adivinatoria, e instalando tenderetes de arte adivinatoria⁴⁵, uno en Delfos, otro en Claros, y en Colofón y en Dídima anda engañando a quienes le consultan con respuestas retorcidas y ambiguas a cada pregunta, con lo que no hay riesgo de fallo; y de resultas de esa actividad se está enriqueciendo. Que son muchos los estúpidos que se

⁴¹ Alusión probablemente a Aglaya, la más joven de las Gracias. Para mayor información, véase HOMERO, *Odisea* VIII 266 y sigs.; *Ilíada* XVIII 382 y sigs., y HESÍODO, *Teogonía* 945 y sigs.

⁴² Se refiere obviamente —ya se indica a lo largo de estas páginas— a la metamorfosis de la ninfa en árbol de laurel.

⁴³ El inicio del diálogo debe leerse en clave de ironía; se echan en cara Leto y Hera la supuesta fealdad de sus hijos: Ártemis es varonil y Apolo engañoso. Por su parte, Hefesto es un tipo sucio y cojo.

⁴⁴ Refuerza este dato la proverbial tosquedad de los escitas a los que ya nos hemos referido en anteriores trabajos, cf. volumen 113 de esta colección, pág. 272 y sigs.

⁴⁵ Nótese que el texto no dice en modo alguno santuarios o recintos religiosos, sino literalmente talleres, *ergasteria*, de arte adivinatoria, *mantikes*, en tono claramente despectivo.

prestan a que los timen. Ahora que por parte de los más inteligentes no se ignora que en la mayoría de los casos se trata de puras fantasías. Así él, el adivino, no sabía que iba a dar muerte a su amado con el disco, ni fue capaz de profetizar que Dafne lo rehuiría, y todo eso siendo como es guapo y de hermosa cabellera. Así que no veo por qué motivo opinas que tus hijos son más guapos que los de Níobe.

2 LETO. — Pues esos hijos míos, la que mata extranjeros y el falso adivino, ya sé yo cómo te molesta verlos entre los dioses, en especial cuando la una recibe elogios por su belleza en tanto que él toca la cítara en el banquete en medio de la admiración general.

HERA. — ¡Que me muero de risa, Leto! Objeto de admiración general Apolo, aquel a quien Marsias, si las Musas hubieran querido administrar recta justicia, habría despellejado personalmente luego de derrotarlo en el certamen musical. Y en cambio el desdichado Marsias víctima de palabrerías engañosas, ha perecido injustamente apresado⁴⁶. Y tu guapa doncella, sí, es tan guapa que en cuanto supo que era vista por Acteón fue y le soltó los perros⁴⁷ temerosa de que el jovencito pregonara a los cuatro vientos su fealdad. Y paso por alto decir que siendo ella virgen difícilmente podría ayudar en el parto a las mujeres embarazadas⁴⁸.

LETO. — Mucho presumes, Hera, porque convives con Zeus y compartes con él el reino, y por ello me insultas con una arrogancia inconveniente. Ahora que dentro de poco te voy a ver llorando otra vez cuando él te abandone y baje a la tierra convertido en toro o cisne.

19 (11)

AFRODITA Y SELENE

1 AFRODITA. — ¿Qué es eso, Selene, que dicen que haces? ¿Que cada vez que bajas a Caria detienes el carro y te quedas plantada dirigiendo tu mirada a Endimión que duerme al raso, como pastor que es, y que en alguna ocasión bajas a su lado desde la mitad del camino?

SELENE. — Pregunta, Afrodita, a tu hijo, que es para mí el culpable de todo eso.

AFRODITA. — ¡Quita!, que es un insolente. ¡Hacerme semejantes faenas a mí, su madre! Hace poco me llevó hasta el Ida por causa de Anquises el troyano; hace poco al Líbano, junto al muchachito asirio⁴⁹, al que ha hecho también objeto de amor para Perséfone, quitándome la mitad de mi amado. Así que en muchas ocasiones le he amenazado con que si no deja de hacer faenas de este estilo, le voy a romper las flechas y el carcaj y a despojarle de las alas; ya he tenido que darle unos azotes en el culo con la sandalia. Pero él —no me lo explico— al principio está temeroso y suplicante, pero al cabo de un rato se olvida de todo. **2** Pero dime ¿es guapo Endimión? Porque en este caso tu desgracia resulta inexorable.

SELENE. — A mí me parece guapísimo, Afrodita, sobre todo cuando extendiendo sobre la piedra la clámide se acuesta sosteniendo en la izquierda los dardos que se le escapan de la mano, en tanto que su diestra ligeramente arqueada en torno a la cabeza, se adapta al rostro; él entonces desmadejado por el sueño, exhala un aliento de ambrosía. Yo entonces bajo sin hacer ruido, caminando de puntillas para no despertarle y que se asuste. Ya sabes, pero... ¿a qué contarte lo que viene después? En una palabra; que me muero de amor.

⁴⁶ El episodio del desollamiento del sátiro Marsias luego de su fallida rivalidad en certamen musical con Apolo puede leerse en HIGINO, *Fábulas* 165, y APOLODORO, 1-4.2; un hermoso relieve de época helenística con el tema puede contemplarse en el Museo Nacional de Atenas.

⁴⁷ Acteón, que había sido criado por el centauro Quirón, había visto bañarse desnuda a Ártemis, que en venganza lo había transformado en ciervo y había lanzado contra él a sus perros hasta darle muerte.

⁴⁸ Evidentemente es una de las facetas más curiosas que presenta la contradictoria personalidad de Ártemis.

⁴⁹ Alusión sin duda al episodio del joven Adonis, que había nacido de Mirra convertida en árbol.

20 (12)

AFRODITA Y EROS

1 AFRODITA. — Eros, hijo mío; fíjate bien qué clase de faenas estás haciendo. Y no me refiero a las que induces a hacer a los hombres contra sí mismos o unos a otros, sino a las del cielo, que nos muestras a Zeus de mil formas diferentes, transformándolo en lo que se te antoja, según la ocasión; y a Selene la haces bajar del cielo y a Helios le obligas en ocasiones a racanear en casa de Clímene⁵⁰ olvidándose de sus labores de auriga.

Y tan campante actúas cuando te atreves a tomarme el pelo a mí, tu madre. Pero tú, caradura redomado, lograste convencer a la propia Rea, anciana y madre de dioses tan importantes, de que se enamorara de muchachos y de desear al jovencito frígido aquel.

Y ahora, enloquecida por ti, ha uncido al carro los leones, y ha tomado como compañeros a los coribantes, que están locos también, y van deambulando por el Ida arriba y abajo, la una dando alaridos por Atis y los coribantes, el uno se corta el codo con un puñal, el otro se suelta la melena y se lanza enloquecido por las montañas; el tercero toca un cuerno a modo de flauta; el cuarto golpea el tambor o toca los platillos; en resumen, todo es alboroto y locura en el Ida⁵¹. Conque temo, yo que te engendré a ti, semejante calamidad, temo, digo, no sea que Rea en un ataque de locura o, más bien aún, en sus propios cabales, ordene a los coribantes que te apresen y te descuarticen o te echen a los leones; eso es justamente lo que temo al verte expuesto a riesgos de esa índole.

2 EROS. — ¡Tranquila, madre, porque estoy acostumbrado a los leones mismos, y en muchas ocasiones montándome a lomos suyos y cogiéndolos de las melenas, con mis riendas los llevo! Ellos me acarician y recibiendo mi mano en sus fauces, me la devuelven luego de haberme lamido. La propia Rea, ¿cuándo va a tener tiempo libre para venir contra mí estando como está ella totalmente dedicada a Atis? Y además ¿en qué os falto yo al mostraros cuáles son las cosas bellas? ¿O es que prefieres, madre, no estar ya enamorada de Ares, ni él de ti?

AFRODITA. — ¡Qué listo eres y cómo sabes salirte siempre con la tuya! Ahora que algún día te acordarás de mis palabras.

21 (17)

APOLO Y HERMES

1 APOLO. — ¿De qué te ríes, Hermes?

HERMES. — De una cosa divertidísima que he visto, Apolo.

APOLO. — Cuéntamela para que la oiga y me ría yo también contigo.

HERMES. — Afrodita ha sido pillada cuando estaba acostada con Ares, y Hefesto los ha atrapado y los ha atenazado.

APOLO. — ¿Cómo? Me parece que vas a contar algo gracioso.

HERMES. — Conocedor del asunto, desde hace mucho los venía acechando y luego de colocar en derredor de la cama una red invisible con bastante trabajo, se marchó a la fragua. Ares entonces, va y entra sin ser visto —eso al menos creía él—, pero Helios lo ve y se lo cuenta a Hefesto. Y cuando habían subido a la cama y estaban en plena acción ya dentro de los lazos, la red los envuelve al tiempo que se presenta Hefesto. Afrodita, que estaba desnuda, no tenía, muerta de vergüenza, con qué taparse⁵²; Ares por su parte en un principio intentó escapar con la esperanza de rasgar la red,

⁵⁰ La esposa legítima de Helios.

⁵¹ Todo este cortejo de los fieles de Cibele había sido parodiado por LUCIANO en *Podagra*, el primer opúsculo de este volumen. Véase al respecto su nota 4.

⁵² La dignísima Afrodita pillada *in fraganti* en pleno lance amoroso con Ares; el episodio cómico, donde los haya, está glosado en *Odisea* VIII 266 y sigs. También aquí se han mantenido las variaciones temporales y aspectuales que tiene el

pero luego, dándose cuenta de que estaba atrapado sin escapatoria posible, se deshacía en súplicas.

2 APOLO. — ¿Y qué pasó? ¿Lo soltó Hefesto?

HERMES. — Aún no, antes bien, convocando a los dioses, va y les muestra el adulterio. Y ellos dos, desnudos, con la cabeza gacha y encadenados juntos estaban rojos de vergüenza. Y el espectáculo me pareció divertidísimo, pillados poco menos que *in fraganti*.

APOLO. — ¿Y no le da vergüenza al herrero ese exponer a los cuatro vientos la afrenta de su matrimonio?

HERMES. ¡Qué va!, por Zeus, pues plantado a su vera, se ríe de ellos. Yo al menos, si he de serte sincero, sentía envidia de Ares no sólo porque se estaba tirando a la diosa más hermosa sino también por estar encadenado con ella.

APOLO. — ¿Entonces en esas condiciones aguantarías el ser encadenado?

HERMES. — ¿Y tú no, Apolo? Simplemente acércate y mira, que yo te felicitaré si al verlos no suplicas que te suceda a ti lo mismo.

22 (18)

HERA Y ZEUS

1 HERA. — A mí, desde luego, me daría vergüenza, Zeus, tener un hijo como tú, tan afeminado y tan echado a perder por la bebida, que se ciñe la cabeza con la mitra, que en muchas ocasiones está con mujeres medio locas, más afeminado que ellas, bailando al son de tambores, flautas y platillos, y que, por decirlo en dos palabras, se parece a cualquiera más que a ti, su padre.

ZEUS. — Pues mira; ese afeminado tocado con la mitra, el más amanerado que las mujeres, no sólo sometió Lidia y a sus habitantes y tomó el Tmolo y sometió a los tracios, sino que lanzándose sobre los indos con esa especie de tropa mujeril capturó los elefantes, se hizo dueño de su territorio y se llevó preso al rey que se atrevió a ofrecer una ligera resistencia. Y todo eso lo hizo al tiempo que bailaba y danzaba con los coros, utilizando tirsos y yedra⁵³, borracho, como tú dices, y «entusiasmado»⁵⁴. Y si alguien intenta meterse con él tomándole el pelo a cuenta de los rituales de iniciación, a ese también lo castiga, atándolo con sarmientos o haciendo que sea despedazado por su madre como un ciervo. ¿Ves qué varoniles resultan estas acciones y que no son indignas de su padre? Y si a todo se le añaden diversiones y un cierto libertinaje, no hay que echárselo en cara, máxime si se tiene en cuenta cómo se comportaría estando sobrio cuando hace todo eso estando borracho.

2 HERA. — Me parece que tú también vas a aplaudir su descubrimiento, a saber, la vid y el vino, y ello pese a ver la actitud que adoptan los borrachos que se tambalean y se dedican a fastidiar a la gente, en una palabra, que pierden la cabeza por acción de la bebida. Al menos a Icario, que es a quien primero dio la cepa de la vid, sus compañeros de bebida lo destruyeron golpeándole con las azadas de doble filo⁵⁵.

ZEUS. — No digas eso, que no son ni el vino ni Dioniso quienes producen esos efectos, sino la falta de moderación en la bebida y el hacerse llenar hasta rebosar la copa de vino puro por encima de lo normal. Pues quien beba con moderación podría resultar bastante gracioso y divertido, y jamás de los jamases le haría a ningún compañero de bebida lo que pasó a Icario. Pero me parece, Hera, que aún estás celosa y que te acuerdas de Sémele y te dedicas a censurar las mejores cualidades de Dioniso.

relato de Hermes.

⁵³ Toda la caracterización de Dioniso concuerda perfectamente con la que pinta EURÍPIDES en *Bacantes*.

⁵⁴ El término queda entrecomillado porque es así como se recoge en griego el término *enthousiasmós* para denominar el escudo de posesión que proporciona a los devotos del dios el «tenerlo dentro» —«en-theosiasmos»—.

⁵⁵ Alusión a un legendario héroe ateniense, padre de Erigone. Sobre su muerte, cf. APOLODORO, III 14, 7.

23 (19)

AFRODITA Y EROS

1 AFRODITA. — En fin, Eros, ¿a cuento de qué te has enfrentado con todos los demás dioses, Zeus, Poseidón, Apolo, Rea y conmigo, tu madre, y únicamente te has mantenido a distancia de Atenea, y al contacto con ella se te apaga la antorcha, se te vacía de flechas el carcaj y pierdes el arco y la puntería?

EROS. — Le tengo miedo madre, pues resulta espantosa, de mirada radiante y terriblemente varonil. Y cuando tensando el arco intento dispararle, agitando el penacho me asusta, y me pongo a temblar y se me escurren las flechas de las manos.

AFRODITA. — ¿Y acaso no daba más miedo Ares? Y sin embargo lo desarmaste y lo venciste.

EROS. — Pero es que él me acepta y me recibe de buena gana, en tanto que Atenea me está siempre mirando de reojo y en cierta ocasión que yo iba volando cerca de ella con la antorcha me dijo: si te acercas a mí, por mi padre que o te atravesaré con mi lanza o cogiéndote de un pie te tiraré al Tártaro o yo misma te descuartizaré; diversas amenazas de esa índole me lanzó. Tiene una mirada penetrante, y pegado al pecho lleva un rostro que da miedo⁵⁶ con cabellera de víboras, y eso es precisamente lo que más miedo me da. Me asusta y luego huyo cada vez que la veo.

2 AFRODITA. — Así que te dan miedo Atenea y la Gorgona, pero no temes en cambio el rayo de Zeus. Y las musas ¿por qué están indemnes y fuera del radio de acción de tus flechas? ¿O es que ellas también agitan penachos y exhiben gorgonas?

EROS. — Siento respeto ante ellas, madre, pues son venerables, tienen constantes inquietudes, se preocupan del canto y yo en muchas ocasiones me quedo plantado a su lado hechizado por su melodía.

AFRODITA. — Déjalas, pues, ya que son venerables; y ¿por qué razón no hieres a Ártemis?

EROS. — Pues simplemente porque no la puedo capturar, ya que anda siempre huyendo de mí por las montañas y además tiene ya su amor particular.

AFRODITA. — ¿Cuál es, hijo?

EROS. — Caza, ciervos y cervatillos que persigue para cogerlos y atravesarlos con sus flechas; no vive más que para eso. Porque en lo que respecta a su hermano que es también arquero y tirador certero...

AFRODITA. — Ya lo sé, hijo, que en muchas ocasiones lo has herido con tus flechas.

24 (25)

ZEUS Y HELIOS

1 ZEUS. — ¡Qué es lo que has hecho, tú, el peor de los Titanes! Has echado a perder todo lo que hay en la tierra, confiando tu carro a un muchacho inconsciente⁵⁷ que acercándose tanto ha abrasado una parte de su superficie, y ha hecho que otra quede yerma por el frío, alejando demasiado el fuego; en dos palabras, no ha quedado lugar sin trastocar ni revolver, y si yo, al percatarme de lo sucedido no lo hubiera derribado con el rayo, no quedaría ni rastro de la humanidad. ¡Vaya un auriga y un cochero estupendo que nos has enviado!

HELIOS. — Me equivoqué, Zeus, pero no te enfades porque haya hecho caso a mi hijo, que se deshacía en súplicas. ¿De qué iba yo a esperar que fuera a suceder una cosa así?

ZEUS. — ¿Es que no sabías con cuánto rigor hay que llevar el tema y que a poco que uno se desvía del itinerario se va todo a pique? ¿Desconocías también el brío de los caballos y cómo hay

⁵⁶ Alusión a la cabeza de la Gorgona Medusa que dejaba petrificado a quien le dirigía la mirada.

⁵⁷ Faetón, hijo de Helios y de Clímene.

que sujetarlos forzosamente con el freno? Porque si uno les da opción, al instante se desbocan, como lo han llevado a él, ahora a la izquierda y después a la derecha, alguna vez en sentido opuesto, arriba y abajo; en una palabra, adonde les ha venido en gana. Y él no podría hacerse con ellos.

2 HELIOS. — Claro que sabía yo todas estas circunstancias y precisamente por ello oponía yo mucha resistencia y no le quería confiar la conducción del carro. Pero puesto que se deshacía en súplicas llorando y con él su madre Clímene, subiéndome al carro le explique cómo debía mantenerse a pie firme, por cuánto espacio de tiempo debía aflojar las riendas al ser llevado hacia arriba, y luego al contrario para bajar y cómo había que dominar las riendas sin dejarse llevar por el brío de los caballos; y le expliqué la clase de riesgo que existía si no mantenía el rumbo. Pero él — que claro, era un niño— al montar sobre tanto fuego y al asomarse a un abismo tan profundo, se aterrorizó, como es natural. Los caballos al percatarse de que no era yo el que iba en el carro, menospreciaron al muchacho, se salieron de su ruta y llevaron a cabo las terribles acciones que te he explicado. Él soltó las riendas, creo yo, temiendo caerse al tiempo que se agarraba a la barandilla delantera del carro. En fin, creo que él ya tiene bastante castigo, Zeus, y yo bastante sufrimiento.

ZEUS. — ¿Bastante, dices, luego de tan gran atrevimiento? Ahora te perdono, pero en lo sucesivo si vuelves a atropellar la ley de un modo parecido o envías a un sustituto tuyo de ese mismo estilo, te vas a enterar al punto en que medida mi rayo es más abrasador que tu fuego. Así que, a ese hombre que le entierren sus hermanas en la ribera del Erídano⁵⁸, justo donde cayó al salir despedido del carro, y que llorando por él lágrimas de ámbar se conviertan en álamos negros en memoria de su sufrimiento. Y tú luego de reparar el carro —se rompió el timón y una de las ruedas está hecha trizas— y de enganchar los caballos, avanza; pero acuérdate de todas estas recomendaciones.

25 (26)

APOLO Y HERMES

1 APOLO. — ¿Puedes decirme, Hermes, cuál de estos dos es Cástor y cuál Pólux?⁵⁹ Porque yo no sería capaz de distinguirlos.

HERMES. — El que estuvo ayer con nosotros es Cástor y este otro, Pólux.

APOLO. — ¿Y cómo los distingues, pues son idénticos?

HERMES. — Pues porque éste, Apolo, mantiene en su rostro las cicatrices de las heridas que recibió de sus contrincantes cuando boxeaba, y en especial las que recibió de Ámico el bébrice cuando navegaba con Jasón⁶⁰; el otro, en cambio, no muestra nada semejante sino que tiene el rostro limpio e incólume.

APOLO. — Me ha venido muy bien que me explicaras estas señales para identificarlos, puesto que tienen todo lo demás igual; el medio cascarón del huevo, una estrella encima y un dardo en la mano y un caballo blanco cada uno, hasta el punto de que yo he llamado muchas veces Cástor al que era Pólux y Pólux al que era Cástor. Pero dime, ¿por qué diablos no están los dos con nosotros sino que a partes iguales uno está hoy muerto y mañana es un dios?

2 HERMES. — Actúan así por amor fraterno ya que de los hijos de Leda uno tenía que morir, y otro ser inmortal; así que se repartieron la inmortalidad.

APOLO. — Pues no es muy inteligente el reparto, Hermes, ya que de este modo no se verán nunca el uno al otro, que es lo que en el fondo estaban deseando, creo yo. ¿Cómo si está el uno entre los dioses y el otro entre los mortales? Además, igual que yo doy oráculos y Asclepio cura a los enfermos y tú enseñas a pelear, pues eres un maestro excelente, y Ártemis ayuda a dar a luz, y cada uno de los demás tiene una misión útil o a dioses o a hombres, ¿qué diablos es lo que van a

⁵⁸ Nombre de un río mítico que se menciona en la saga de Heracles en las aventuras de los Argonautas y que se identificó posteriormente con el Ródano o con el Po.

⁵⁹ Los Dioscuros, Cástor y Pólux, hermanos gemelos, hijos de Zeus y Leda.

⁶⁰ El episodio aparece narrado en APOLONIO RODIO, *Argonáutica* II 1 y sigs., y APOLODORO, I 9, 20.

hacer éstos? ¿O es que precisan pasarlo en grande sin dar golpe con los años que tienen ya?

HERMES. — En absoluto, sino que se les ha ordenado ponerse al servicio de Poseidón y tienen que surcar el ponto a caballo y caso que vean a marineros víctimas de una tempestad, subiendo a bordo, salvar a los navegantes⁶¹.

APOLO. — Buena y saludable misión esa que dices, Hermes.

⁶¹ Esta misión de Cástor y Pólux es mencionada ya con toda claridad por ALCEO DE MITILENE, fr. 78D.